

Carlos Altamirano (director) y Jorge Myers (editor del volumen), *Historia de los intelectuales en América Latina I. La ciudad letrada, de la conquista al modernismo*

Buenos Aires, Katz, 2008, 587 páginas.

A pesar de su insistencia en las agendas académicas de las últimas décadas, las élites culturales no contaban hasta el momento con una historia general de su actuación y desarrollo en América Latina. El proyecto de esta *Historia*, dirigido por Carlos Altamirano, no solamente se propone cubrir ese vacío sino que (a partir de la captación del estatuto transversal de ese objeto) se alimenta de la confluencia de intereses de distintas disciplinas para ofrecer un riguroso panorama de las condiciones materiales que dotaron de sentido al ejercicio de los intelectuales en el continente. Esto es lo que se puede juzgar por el primero de los dos volúmenes que integran el proyecto, *La ciudad letrada, de la conquista al modernismo*, editado por Jorge Myers. Orientado por el objetivo de ofrecer una historia de “la posición de los hombres de ideas en el espacio social”, el volumen logra unificar con un criterio sólido una serie de perspectivas —*ángulos de visión* según lo expresa Altamirano— alrededor de las funciones que asumió esta figura en América Latina desde el siglo XVI hasta los primeros años del siglo XX. El resultado es un análisis sostenido de los múltiples factores que intervinieron en la definición social de los “expertos en el manejo de la palabra escrita”, como los denomina Myers en su Introducción. Entre los signos más visibles de un trabajo coordinado, que contó con la supervisión de un comité académico compuesto por reconocidos investigadores y que estuvo precedido por distintas jornadas de discusión de las que participaron los colaboradores de ambos volúmenes, aparece la advertencia crítica respecto de las visiones más cristalizadas acerca de los letrados que preside cada uno de los capítulos que componen el tomo. Esto nos permite leer, más que un estudio de obras destacadas o un repertorio de autores sobresalientes, la indagación histórica del universo de posibilidades sobre el que se desplegaron distintas trayectorias intelectuales.

La primera de las cinco partes en las que se divide el volumen presenta tres trabajos que se detienen en las bases institucionales y en la composición de los saberes de quienes detentaron el monopolio de la palabra escrita antes de la caída de los imperios español y portugués. A partir de la tesis de Halperin Donghi que identifica la procedencia del intelectual hispanoamericano en el letrado colonial, estos capítulos iniciales apuntan a iluminar tanto las rupturas como las continuidades por las que atravesarían las élites ilustradas a partir del proceso de independencia. En este sentido, los trabajos de Óscar Mazín, Sonia Rose y Laura de Mello e Souza, centrados en las articulaciones del poder letrado en el período colonial, se encargan de ofrecer los elementos de contraste de una historia que, como declaran sus responsables, tiene como punto de arranque el siglo XIX.

De acuerdo con esto, los siete trabajos que componen la segunda parte (la más extensa del tomo) estudian las profundas transformaciones que atravesó el ejercicio público de los letrados con la caída del antiguo régimen transatlántico. Así, Jorge Myers aborda las nuevas relaciones de poder en las que se inscribe la élite letrada en un momento relativamente breve pero definitivo, cuando entre 1780 y 1820 “el capital simbólico de los especialistas en el empleo del discurso escrito se convirtió [...] en un capital político real”. En el contexto revolucionario se analiza entonces la formación del “letrado patriota”, una figura que, como subraya el autor, no dejaría de tener injerencia en la evolución futura del “intelectual” en la región. El siguiente capítulo, a cargo de Paulette Silva Beauregard introduce uno de los ejes que vertebran el volumen: el de las condiciones que posibilitaron la intervención de los letrados a través de la prensa periódica. En este caso, los inicios de la prensa en Venezuela ofrecen el punto de partida para interrogar (más allá de sus encarnaciones en determinados actores de la historia política) los intercambios que se condensaron en el papel del redactor. El establecimiento de nuevos contactos con las ideas producidas en Europa y Estados Unidos y la rearticulación de las redes continentales es otro de los núcleos que organizan el examen de este período. Los capítulos escritos por Klaus Gallo, concentrado en las lecturas y los contactos transatlánticos que dieron lugar a la formación de un “clima intelectual” en el Buenos Aires del período rivadaviano, y por Rafael Rojas, cuya precisa reconstrucción de la colonia de intelectuales y políticos hispanoamericanos conformada en Filadelfia apunta a explicar el funcionamiento de las redes sobre las que se desplazaron las ideas republicanas y el discurso americanista, son asimismo excelentes ejemplos de una búsqueda que se mantiene a lo largo del tomo: la de restituir no tanto las ideas de las que se dispuso para debatir y otorgar consistencia a los nuevos estados nacionales como los modos de circulación de esas ideas y los mecanismos con que contaron los intelectuales para su apropiación.

Atendiendo a los sostenes institucionales y a la emergencia de formas modernas de sociabilidad, en esta parte se examinan además la transformación de los estudios jurídicos (Rogelio Pérez Perdomo) y el papel que cumplieron los hombres de letras en el proceso de secularización (Annick Lempérière). El de Elías Palti es otro de los trabajos en los que el pulso historiográfico se combina con la revisión crítica de los postulados más aceptados acerca del estatuto de los “intelectuales”, dando cuenta del carácter abierto de una propuesta destinada a la actualización del debate; aquí, el supuesto carácter “incompleto” de la modernización en América Latina acompaña el análisis de la compleja figura del publicista en el marco del espacio público mexicano.

“La marcha de las ideas”, la tercera parte, se abre con la reconstrucción, a cargo de Fernando Devoto, de los fundamentos institucionales y de las prácticas informales que dieron lugar a la fundación de las historias nacionales en Argentina, Brasil y Uruguay. En el capítulo siguiente, Horacio Crespo analiza la emergencia y consolidación del americanismo como campo científico y de la figura intelectual que acompañó su desarrollo: la del “erudito coleccionista”. Por su parte, Maria Alice Rezende de Carvalho examina a dinámica entre centro y periferias impuesta por el imperio esclavista de Brasil para analizar la inscripción de intelectuales negros en el debate público. El último capítulo de esta parte, a cargo de Javier Lasarte Valcárcel, es el único del volumen que se concentra en un evento singular. Sin embargo, la selección de una “suerte de clásico indeseable”, *Cesarismo democrático* (1919) del venezolano Laureano Valenilla Lanz, lejos de derivar en el examen cerrado de una obra, apunta hacia el pasado y el futuro de este texto para revisar (por medio de sus lecturas descentradas del pensamiento republicano) uno de los momentos centrales en los que las resonancias de la autoridad letrada decimonónica se interceptó con una corriente conservadora de legítima pertenencia local.

La cuarta parte avanza sobre la segunda mitad del siglo XIX y las primeras décadas del XX. El primero y el más abarcador es el trabajo de Lilia Moritz Schwarcz en donde se expone “la comunicación estricta, pero ambigua” que los intelectuales brasileños mantuvieron con el Estado a lo largo del régimen imperial. A continuación, Hilda Sabato analiza las “tramas conectivas” que en los centros urbanos de Hispanoamérica constituyeron las asociaciones y la prensa, espacios centrales para la formación de esferas públicas y para la incorporación a las prácticas intelectuales de nuevos sectores sociales. El caso particular de Chile, y las polémicas que allí se producen hacia la década de 1840 constituyen el objeto del trabajo de Ana María Stuenkel. Los siguientes capítulos trasponen el umbral del siglo para analizar, por un lado, la formación del sentimiento “anticientífico” alrededor de la revolución mexicana como una articulación de largo alcance en la relación entre nacionalismo y modernización (Claudio Lomnitz) y, por otra parte, trazar los alcances de la actividad intelectual de las feministas librepensadoras que actuaron en Buenos Aires alrededor de 1900 (Dora Barrancos).

En el marco de la modernización social y cultural, a fines del siglo XIX se transforma definitivamente la posición de los intelectuales en el espacio social. Los trabajos de Alejandra Laera, Susana Zanetti y Beatriz Colombi exploran la profesionalización de los escritores y las condiciones particulares que produjeron, con la creciente autonomización de la política, la formación del campo literario en América Latina. El surgimiento del modernismo con Rubén Darío en el centro de la escena atraviesa este proceso que coloca a los nuevos representantes del trabajo intelectual entre los espacios nacionales y una dimensión latinoamericana que se proyecta hacia París como sede de reconocimiento cultural.

Entre los propósitos enunciados por Carlos Altamirano para este proyecto, el de realizar “una historia que tome en cuenta la diversidad de formas que adoptó la acción de los intelectuales a lo largo de dos siglos”, es quizás el que mejor sintetiza los méritos de esta obra. Entre otras cosas, porque este primer volumen es un mapa de las posiciones posibles que permitieron y también limitaron, a lo largo del siglo XIX, la intervención pública (y no solamente política) de los intelectuales en América Latina. En este sentido, la organización de los temas y la selección de los colaboradores producen la ampliación del campo de estudio al que se propone contribuir. Se podrían enumerar diversas respuestas acerca de los motivos que permiten, hoy, contar con esta historia. Una de ellas, sin dudas, pertenece al orden de las condiciones de producción: los subsidios que facilitaron la reunión de una gran cantidad de investigadores destacados de distintos países o las oportunidades ofrecidas por el mercado editorial aparecen, sin duda, como factores importantes para considerar la existencia de esta obra. En todo caso, es justo decir, al mismo tiempo, que esas condiciones no agotan las respuestas acerca de un trabajo que logra presentarse como una verdadera investigación colectiva.

Federico Bibbó